

II

Al otro lado del teléfono, Elena, a la que reconocí al instante, descolgó el auricular.

—¿Sí? —dijo.

—Elena... Soy Raúl.

Un breve silencio, algo bochornoso, irrumpió entre nosotros.

—Dime.

—¿Cómo has dormido?

—Mejor..., aunque esta noche no he apagado la luz.

—Yo sí. He intentado...

—Raúl —dijo interrumpiéndome—, cada hora que pasa va a peor...

—Sí, lo sé.

Elena siguió hablando en voz queda y con algún que otro hipido.

—Creo..., creo que me busca durante el día, por las paredes de casa, del trabajo..., por todas partes. Y esa palabra...

—Cálmate, tranquila...

Me quedé pensativo durante unos segundos, en parte defraudado por no avanzar en todo aquello y en parte desconcertado. Por alguna extraña razón parecía que íbamos a contrarreloj y sin rumbo fijo, dejándonos llevar por el miedo y un desasosiego constante. Sin embargo, sentí también que tanto aquellas visiones como la voz de Elena tenían algo en común, algo que parecía transportarnos a una época casi olvidada; a nuestra más tierna infancia.

Cuando era pequeño pasaba los veranos en casa de mi tío, en un pueblo perdido por Castilla y León. Allí conocí a Elena, una niña que entonces vivía con su madre, a dos casas más allá de la nuestra. Elena era una muy buena compañera de aventuras. Cada verano nos reuníamos y jugábamos a todo tipo de juegos, desde simples tardes enfrascados con el parchís, hasta días enteros, cuando nuestras tareas nos lo permitían, en que organizábamos auténticas escaramuzas por los pequeños bosques del pueblo. Aunque siempre que podíamos intentábamos salir de casa. Sólo los días más grises servían como excusa para quedarnos encerrados, aquéllos en los que acababan en forma de tormenta furiosa sobre los parajes de la meseta castellana. Y eso, al menos cuando mis padres me traían para pasar el mes de agosto, pocas veces ocurría.

Un verano en concreto, uno muy caluroso y que se extendió hasta bien entrado septiembre, conocimos a un niño que nunca habíamos visto antes. Nos lo encontramos en mitad del bosque, quieto y delante de un árbol, con la mirada fija puesta en la base del tronco. Era un chico de más o menos nuestra edad, aunque más reservado, mudo y muy introvertido. Siempre iba ataviado con la misma ropa y, al menos por lo que recuerdo, nunca se la llegó a cambiar. No sabíamos de dónde era, pero deducimos que se trataba de un vecino del pueblo de al lado.

A partir de ese día, él se unió a nosotros. Fuimos quedando y jugábamos con él. A pesar de su lívido aspecto, nunca le cuestionamos nada y tampoco teníamos la necesidad de hacerlo. Sin embargo, y por circunstancias desconocidas tanto para Elena

como para mí, nuestra actitud comenzó a ser distinta. Sentíamos una extraña necesidad de control sobre todo lo que nos rodeaba, como si tuviésemos el poder del tiempo en nuestras manos... Nos sentíamos muy libres, sin ataduras por parte de nadie, y las horas con aquel niño se alargaban más de lo normal. Un día de ese verano se convertía en dos o tres de los corrientes, sin exagerar.

No obstante, y aún teniendo todo el tiempo del mundo, sentíamos también la irrefrenable necesidad de jugar y alejarnos de los mayores lo máximo posible, aunque por dentro supiésemos que aquello que hacíamos no estaba bien, que estábamos faltando a nuestros quehaceres. Por mi parte, por no echar una mano a mi tío en el campo, y Elena, por no ayudar a su madre con la tienda de comestibles de su abuela.

Al principio fue algo chocante, sobre todo el primer día, pero luego resultó ser una experiencia única e irrepetible. Cada día y a lo largo de casi dos semanas fue igual: días largos y horas de juego interminables, desobediencia a los mayores e impasibilidad ante las riñas. Y al caer la noche, las reuniones en el pajar de mi tío (menos cuando él nos echaba de allí) para reírnos, por extraño que pareciese, de los enfados de los adultos. Elena y yo nos carcajeábamos al recordar sus caras cada vez más rojas por cada día que pasaba. No obstante, El Niño Tiempo, que así le llamamos, nunca sonrió. Se limitaba a mirarnos con unos ojos que no expresaban nada, entornándolos de vez en cuando y ladeando su cabeza como un pájaro azul. Tampoco medió jamás palabra alguna; asentía con lentitud cuando le decíamos algo mientras hacía amagos de muecas. Y al terminar la reunión, cuando Elena se iba a casa, él se marchaba con ella... Parece que fue ayer cuando mi amiga me comentó una vez que, El Niño Tiempo, al separarse, siempre desaparecía por un pequeño sendero más allá de su casa, donde la oscuridad engullía su cuerpo y los pasos del niño marcaban un ritmo descendente, un repiqueteo constante y cada vez más lejano, hasta sólo escuchar la fría ventisca de la noche.

Ese verano fue el último que estuve en el pueblo. Mi tío no quiso que volviera y mi padre —su hermano— se enfadó con él y dejaron de hablarse. A partir de entonces, los veranos en la ciudad fueron más aburridos; echaba de menos a mi amiga y también a aquel nuevo compañero que nos había hecho sentir tan..., tan bien, tan diferentes. Aunque pronto me olvidé de Elena, pero no de él.

Muchos años después, y casi por casualidad, Elena y yo nos volvimos a ver en el pueblo. Ya éramos adultos y las cosas habían cambiado. Ella seguía con el negocio de comestibles, regentándolo junto con su madre y su hermanastro. Al final del jornal, y tras una rauda visita a su tienda, quedamos en el típico bar de reunión de los lugareños; un antro penumbroso de olor característico, una mezcla entre vino rancio y cerveza de barril. Hablamos sobre nosotros, nuestras vidas e inquietudes. Y por gracia o desgracia, al tocar este tema, salió él; El Niño Tiempo. Bastó con que yo sacase la anécdota de aquel verano para que acabásemos con rostros serios para el resto de la tarde. Lo único tangible que me dijo fue que no quería relacionar más al tiempo como una figura que de verdad pareció existir durante nuestra infancia, que no le importaba quién era aquel niño y qué le daba igual lo que vino a hacer aquí. Y mucho menos qué quería de nosotros. Tras sollozar en dos ocasiones, Elena me pidió entre hipidos que por favor me marchase y que no volviese al pueblo. Anonadado, asentí, me despedí de todos los conocidos,

incluso de mi tío, y me volví a la ciudad. Desde entonces, Elena y yo no volvimos a hablarnos más... hasta hace dos días.

Tras lo ocurrido a lo largo de la primera noche, lo primero que aconteció a la mañana siguiente fue recibir una llamada suya. Nerviosa, me comentó lo mal que había dormido, lo de las risas de niño, los pasos, el frío en los pies y la extraña palabra "Gurnick" grabada en su mente. Sin contarnos nada ni adornar la conversación con detalles banales ni rencores algunos, le respondí que yo también había vivido ese mismo episodio. Varios silencios se formaron entre ambos auriculares. No entendíamos el por qué ni nada de todo aquello y nos costaba romper el hielo sin dejar de pensar en nuestro último encuentro. Pero lo que sí teníamos claro era que necesitábamos compartirlo el uno con el otro, como aquella otra vez en la que nos sentimos tan especiales gracias al Niño Tiempo. Sin embargo, a él no lo mencionamos en nuestra primera charla. Ninguno de los dos se atrevió a dar el paso.

Hasta hoy.

Y es que todo tenía un cierto parecido a los eventos de nuestra infancia. Por primera vez en nuestras vidas sentíamos una sensación parecida a la que vivimos aquel verano. Y si no hacíamos algo pronto, el adulto hastiado, aquél que cualquier otro lo teme por su color negro y presencia magna, nos engulliría de tal forma que esta vez sí pagaríamos por todas nuestras demoras. Y entre pasos y risas de niños indelebles, la palabra "Gurnick" hacía acto de presencia con un fin aún oculto, y que sólo él, el tiempo, podía tal vez desvelarnos.

De pie y con el teléfono en mano, sentí que ya no había vuelta atrás; era ahora o nunca, el momento adecuado para poner los puntos sobre las íes.

—¿Te acuerdas... de él? —dije sin más dilación. Me temblaba el auricular. Tenía miedo de su reacción pero no me quedaba otra alternativa.

—Raúl, no sigas... —Un silencio. No hubo más llantos, ni profirió ningún grito. Sólo brevedad y tono serio en sus palabras—. Por favor... Sabes que no quiero oír nada sobre aquello.

—Elena..., si me llamaste el otro día, si recurríste a mí, es porque crees que esto puede estar relacionado con él... Y después de aquel día en el pueblo...

Me interrumpió.

—Raúl, basta... He necesitado años para olvidarme de esa cosa; tú formabas parte de ese recuerdo y por eso te pedí que te marcharas... Pero esto es distinto... Si te he llamado es porque estoy asustada, y eres el único al que puedo confiar estas cosas antes de volverme del todo loca... Nadie más me creería.

—Pues entonces has de ser consciente de que todo esto puede significar algo, de que Gurnick y El Niño Tiempo...

No terminé la frase. Se escuchó un sonido metálico al mencionar ese mote junto con aquella otra palabra. Acto seguido, un clic y el tono de línea. Elena había colgado.